

II

Al caer la tarde, el jefe ordena al grupo salir del toldo. Elige a dos cautivos, a Pablo, el de poco pelo, y a un ensombrerado, para que lo desaten y lo doblen. El Chavetas se acomoda los lentes antes de agacharse y deshacer los nudos que les inmovilizan las manos. Mariano quisiera que lo soltaran a él. La soga nueva, de un amarillo intenso, se le incrusta en la piel. ¡Ay, lastima un chingo!, se queja cuando se levanta con las piernas entumidas y se le raspan las muñecas. De pie, observa los esfuerzos de una mujer; la ayuda el marido, según asume él.

—¡En la madre, está embarazada! —le susurra a Roberto en cuanto se hace evidente el vientre abultado.

El Chavetas gira instrucciones al rapado y al del tatuaje, ambos se acercan a la pareja. La mujer se refugia en los brazos del esposo pero él mismo la separa y, después de darle un beso, le indica que siga a los hombres. Ella llora, se niega a dejarlo ahí, a irse sin él. La situación tensa el cuello de Mariano, sus músculos se contraen por la súplica en los ojos femeninos, por el peso del bebé, por el camino que les aguarda junto a esos bárbaros. Nadie habla.

Apenas parte la comitiva, el Tanque organiza una fila para empezar la caminata. Mediante mochilas, bolsas o simples cuerdas carga la espalda de cada prisionero con provisiones: botellas, mantas, plásticos, pares de zapatos, linternas, pilas. Mariano procura colocarse entre Roberto y el hombre que dejó ir a la esposa, al lado de su amigo se siente más seguro y la resignación del otro le genera curiosidad. Después de dar unos pasos, le pregunta:

—¿Ella va a estar bien?

—Nomás me queda confiar, me dijeron que la van a dejar cerca del pueblo. No quieren mujeres y menos preñadas. Van a ver cuánto sacan por las motos que les bajaron a ustedes y aprovechan el viaje.

—Ah —responde Mariano, vacío de palabras. Confiar le parece tan imposible como volver el tiempo atrás y, sin embargo, es la única forma de adelantar los pies.

El hombre cuenta que es taxista. Había ido con su mujer a llenar unos bidones de gasolina y tuvo la mala suerte de encontrarse con los delincuentes. Querían todo: el combustible, el taxi, a ellos. Se arrepiente de haber salido en la noche, de haber llevado a su mujer. Intentó defenderla y por eso le rompieron la nariz de un culetazo. Le duele más el carro aunque no sea tan importante. Lo que de verdad le preocupa es su señora y la criatura.

—Dios mediante, van a llegar con bien, lo demás pues ya ni llorar, ojalá mi hermano pueda vender pronto su carcacha para que me saque de aquí — añade.

—¡Pobre cuate! —dice Roberto.

Mariano no responde. La mujer del taxista le despertó compasión pero cada uno de ellos corre el mismo peligro. ¡Estamos todos jodidos y no acabo de entender por qué! A estos tipos no les hace falta robar gasolina ni coches si se dedican al secuestro y, para mantener el control, les bastaría con unas pistolas y una casa de seguridad. En cambio manejan los AR-15 como si los vendieran en cualquier mercado. Se sienten muy seguros, por eso se arriesgan a tener tantos secuestrados al aire libre.

—Esto se parece a los raptos masivos de migrantes —opina.

—Se me hace que estos güeyes son narcos o guerrilleros — responde Roberto y arquea la espalda para estirla.

—De seguro no tienen mucho que perder. Andan en el mercado de gente, venden las motos y supongo que también la mota que se fuman.

—No desperdician nada.

Avanzan un par de horas por el bosque de pinos, sobre tierra rojiza. Al andar quiebran la hojarasca y la oyen crujir como pequeños huesos partidos. Los hombros resienten la carga mientras las muñecas atadas se entumen. Además Mariano y Roberto no pueden flexionar los empeines por las botas de motocicleta y en las laderas resbalan. Ambos quisieran tener los botines cortos de sus amigos. Desearían no haberse separado de ellos ni haberse detenido a beber agua.

Roberto resopla, no puede más, disminuye la velocidad y se distancia del resto. El hombre del tatuaje en el antebrazo, tras una indicación del Chavetas, se detiene, lo espera y le da un empujón que lo hace caer de cara. En el suelo, por el atraso, le asesta dos patadas que lo encogen.

El grupo interrumpe la caminata. Busca el origen del ruido.

—No pasa nada —dice el Tanque con la voz demasiado ronca para sus labios infantiles.

Mariano comprende que el incidente no fue circunstancial. Les sirve a los agresores para acrecentar el temor y la obediencia después de haber soltado a la mujer embarazada. Mira en derredor. El lugar es estratégico: están en una planicie rodeada de árboles, senderos escarpados y oscuridad. El líder coordina la instalación del toldo plástico y ordena a los “intercambiables”, como llama a los cautivos, meterse bajo él. Concluyó el recorrido. El alivio de los secuestrados es evidente, se liberan de la carga, las ataduras y descansan los pies. En el horizonte queda apenas un rastro entre ocre y anaranjado de lo que fue el día. Se sientan unos junto a otros para contrarrestar el fresco de la noche. La mayoría cruza los brazos sobre el pecho y los frota con las palmas.

El autoabrazo transporta a Mariano al hospital. Ahí, donde se transpiran más emociones que fiebres, la gente también se abraza sola. Por cada enfermo suele

haber varios familiares que lloran y se estrechan entre ellos, pero cuando alguien recibe una noticia en solitario se abraza a sí mismo; se acaricia si las circunstancias son prometedoras o se aprieta si la angustia necesita asirse a algo menos resbaloso que el pensamiento. Es una forma de consuelo, de ahuyentar la soledad y el miedo. Los pacientes también se abrazan en un intento de animar a sus cuerpos a seguir adelante. Muchas veces él se preguntó por qué decidió estudiar medicina si la muerte tiene la última palabra. Sabe que, aunque nadie puede ganar la batalla final, sí hay otras que sin conocimientos o equipo se pierden antes de tiempo. El primer pequeño que atendió en urgencias le corroboró el acierto de su elección. Mientras canalizaba aquellas escuálidas venas, la epinefrina fluía y palpaba las costillas, el cuerpecito comenzó a responder. Cada parpadeo lo alentó a seguir combinando químicos hasta normalizar las pulsaciones. ¡Control! Un poco para mantener a raya las amenazas.

Sin perder de vista a los secuestradores, Mariano se masajea las muñecas, evita las heridas provocadas por la cuerda, teme causarse una infección. ¡Si tuviera por lo menos un antiséptico! Como una ráfaga de aire refrescante cruza por su mente la idea de huir. El instinto le advierte que, si no muere acribillado a balazos, se va a perder en el cerro y lo van a encontrar los mismos sujetos pero enfurecidos y ansiosos de venganza.

Saber reduce los riesgos, se dice al observar con detenimiento a sus compañeros, debe conocerlos a todos, descubrir qué papel juega cada uno en ese bosque tan distinto a su entorno habitual. Quizá no opuesto, quizá en todas partes hay juegos de poder, sólo que sin medios de dominio evidentes como las armas.

El director del colegio se paraba en la escalera principal y desde ahí, con voz de campana y ojos de carlino, controlaba los seis grados de primaria; sus pupilas gigantes eran apenas un anticipo del castigo para los desobedientes. El profesor de Inmunología en la facultad recurría a artes más sádicas: toma de muestras sanguíneas, por principiantes, a los últimos alumnos en presentarse a clase. Y su padre siempre fue de voz fuerte y manos rápidas para imponer su criterio.

Esos recuerdos no son amigables. Detesta la obediencia indiscutible y el condicionamiento. ¡Aquí valí madres! Pone los ojos en el jefe que, en tanto revisa el cañón de su AR-15, conversa con el Tanque. Él, con su cara aniñada, lo mira de soslayo. El Chavetas tiene los lentes sobre la cabeza, vigila todos los flancos. Nadie ignora que es el de más cuidado. El hombre del tatuaje de cruz platica con el rapado, ambos aferrados a sus armas, lejos del superior, el Tanque y el Chavetas, el trío que evidentemente concentra la autoridad.

Una ventisca rasguña los rostros. Instintivamente, Mariano se frota las piernas y los brazos. No es por consolarme, es el frío, piensa, añorando su peor guardia en el hospital.